

UNA APUESTA CON EL SAHARA

Las montañas esperaban sobre el horizonte, a que llegase a sus faldas, para empezar a reírse de mi osadía y poder así olvidarse de la violación a la que eran sometidas por el viento que les iba curvando sus erosionadas alturas. Al llegar al pie de la primera me encontré con una señal triangular avisándome que ante mí se elevaba una pendiente del diez por ciento de desnivel.

Metro a metro iba avanzando con un pedaleo cada vez más cansino mientras los granitos de arena víctimas de la impetuosa tormenta creaban una neblina que ocultaba el asfalto. Calculé la distancia que todavía me separaba de Ghardaia, la mezclé con el cansancio y una muestra del viento, y me bajé de la bicicleta.

Me dio rabia sentirme momentáneamente vencido y aunque sabía que de seguir todo igual, me iba a ser imposible llegar a Ghardaia ese día, una cosa tenía muy clara: No estaba dispuesto a dar la vuelta. Me pasaría todo el día pedaleando y llegaría hasta donde pudiese, pero el maldito viento no tendría el placer de hacerme retroceder.

El paisaje seguía desprovisto de todo lo que no fuese arena, alguna que otra piedra y unas cuantas elevaciones montañosas. La carretera bien alquitranada era transitada, de tarde en tarde, por camiones cargados con grandes tubos.

Sin darme cuenta empecé a insultar a esa fuerza que me hacía sentir impotente, insignificante, incapaz, pero, sin alterarse por el significado de mis palabras me contestó:

—Esta parte de mí siempre hace el mismo recorrido, además si lo piensas bien, no es sólo mía toda la culpa de nuestro enfrentamiento.

La explicación era coherente, por lo que consiguió tranquilizarme y el enfado que sentía mientras lanzaba los insultos, que se canalizaban a lo largo de mis piernas para seguir con el pedaleo, se evaporó, decreciendo mi velocidad.

—No todos los días puedes ver a un español en bicicleta dispuesto a cruzar el desierto —le insinué sin darme por vencido.

—Espero que no pienses que soy un mal anfitrión, pero debes de entender que aunque me resulte graciosa tu osadía, no voy a facilitarte la realización de tu locura, imaginada sin duda alguna en algún territorio del norte, donde todavía no he conseguido llegar.

—En esos territorios del norte también existes, y si no eres tú, es alguno de tu raza. Muchas veces te he insultado por lo mismo que hoy me estás haciendo.

—No sabía que algo como yo pudiese existir más allá del mar, pero debe de ser pequeño, ya que de lo contrario no entiendo cómo estás aquí. Sólo tengo que advertirte que soy muchísimo más inmenso que los que puedas haber conocido y que al menor despiste puedo acabar contigo. No es que me guste, pero cada uno es como es y yo soy así.

—No te entiendo —le respondí bastante confundido por sus palabras—. ¿Acaso no eres el viento?

—¡El viento! —y dicho esto empezó a reír—. El viento es sólo una parte de mi carácter.

—¡De tu carácter! —exclamé extrañado—. ¿Quién eres tú?

—Los humanos me llamáis Sahara, palabra que en tu idioma se podría traducir como: “Tierra vacía que sólo sirve para ser cruzada”.

—Bien, pues has de saber que te pienso atravesar con estos hierros y probaré así, que toda tu fama de poderoso se debe a tu trato con gente sin coraje —le contesté enfadado.

—Tus palabras no me molestan, ten en cuenta que cuando tú y todos los que te oigan hablar de mí no seáis más que polvo, yo seguiré creciendo, y quizás si no tú, pues te siento atrevido, alguno de esos con los que hables acaben calcinados sobre mí. Ante todo quiero que sepas que ninguno de los mortales que me atraviesan logran molestarme; para que lo entiendas, me resultáis tan pesados como un microbio sobre vuestra piel.

La boca se me secaba y con la lengua la recorría para extender la saliva por todo su interior. Si movía los dientes los granitos de arena que el viento había estampado contra ellos, crujían. El sol elevándose me acariciaba de lleno la espalda.

A excepción de las desnudas montañas, nada sobresalía del suelo que sirviese de apoyo a la bicicleta, así es que cuando vi aquella señal de tráfico a la izquierda del asfalto, la aproveché. Estuve comiendo unos dátiles hasta que pasaron dos camiones y el viento me acribilló con toda la arena que levantaron. Decidí seguir hasta encontrar algo al otro lado de la carretera donde apoyar la bicicleta y protegerme del viento que no amainaba. La rodilla seguía levantando la voz para que me detuviese, dolía mucho, pero también sufrían mi optimismo y no por ello hacía caso a sus lloros. Continué centímetro a centímetro, jadeo tras jadeo, apretando los dientes y maldiciendo el vendaval.

Llevaba 52 kilómetros cuando un oasis de rocas, a sólo unos metros a la derecha del alquitrán, me brindó la oportunidad de detenerme.

Al abrigo de un peñasco volví a repasar mi estado y una avalancha de cansancio, dolor, hambre e incomodidad, fueron las respuestas, pero había algo muy pequeño que escondido en mi interior me estaba salvaguardando de todo ese caudal erosionante; ese algo era como el vértice de una pirámide a quien los problemas de su base no le podían afectar, y que me repetía que debía seguir adelante.

Al terminar de comer estuve durante unos minutos contemplando la inmensidad del desierto. Después, al continuar, sentí que había recuperado las fuerzas y me resultó menos costoso mover los pedales, pero a los pocos kilómetros todo volvió a ser como antes.

Un coche con una pareja de europeos se colocaron a mi altura, la chica iba al volante, y el chico me ofreció agua. Tras mi afirmación, me adelantaron y se detuvieron.

Apoyé la bicicleta contra la parte delantera del vehículo y mientras sacaban el bidón de agua, acabé de beberme la poca que me quedaba en una de las botellas. La llenaron y les di las gracias.

—Nosotros vamos al camping de Ghardaia. ¿Hasta dónde piensas llegar? —me preguntó el chico.

—A Ghardaia.

—Pero, ¿en bicicleta se puede llegar?

—Eso espero.

—¿En cuántos días?

—¡Días! Hoy, antes de las doce de la noche.

La chica no soltó palabra, pero no me importó, pues sus facciones aliadas con la belleza, me transmitieron esa clase de fuerza que estaba necesitando. Mirarla fue como un descanso visual entre tanta nada.

Al reiniciar el pedaleo me sentía mejor, aunque pronto el viento me secuestró con su desquiciante bamboleo. Pensando en llegar antes de la medianoche a Ghardaia estuve haciendo números, pero teniendo en cuenta que llevaba una media de doce kilómetros por hora, no acababan de cuadrarme. La verdad es que era una idea muy tentadora la de enfrentarme al Sahara y empezar así a descubrir mis verdaderas posibilidades de llegar a Dakar. Y la tentación, para un mortal pecador, es una invitación demasiado difícil de despreciar.

—Bueno Sahara. Qué te parece si medimos nuestras fuerzas.

—Habla.

—Es muy sencillo. Como sabes, voy a Ghardaia, pero entre el viento y la poca luz diurna que me queda, lo voy a tener muy difícil.

—¡Difícil! Mas bien lo tienes imposible.

—Bueno, esa será tu opinión, porque yo no lo creo así.

—Es la mía y tu realidad.

—¿Qué te parece si hacemos una apuesta?

—¿Qué clase de apuesta?

—Muy fácil. Si llego a Ghardaia antes de las doce de la noche gano yo, y si lo hago aunque sólo sea un minuto después, ganas tú.

—Me gusta la apuesta, aunque sé muy bien que juego con ventaja.

—Sí, así lo creo yo también, pero por eso mismo me atrae la apuesta, el no saber el resultado final es el premio que, gane o pierda, empezaré a disfrutar desde ahora mismo.

A pesar de que no habíamos apostado nada, sabía que lo que me jugaba era mucho. Con horas y kilómetros, dividía, multiplicaba, sumaba y restaba, pero todos los resultados me daban como perdedor, aunque ése era mi mayor aliciente, jugaba a ganar con algo que de sentido común estaba perdido.

Los kilómetros siguientes a mi trato con el Sahara los hice animado, sin embargo pronto caí víctima de la dureza de tener que pedalear contra el viento; entonces mi consciente pasó a protegerse del cansancio físico inhibiéndose de todo raciocinio, avanzando de forma mecánica, y así fueron pasando las horas hasta que apareció a mi izquierda una construcción en medio de la nada.

Al rato me encontraba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra uno de los vetustos muros del bar y los pies encima de una silla, y con un té

hirviendo en mi mano. El propietario, viendo lo fatigado que estaba, me invitó a pasar la noche allí. No era mala idea. Levantándome me acerqué hasta la bicicleta, llevaba 83 kilómetros y eran las 16.24, me quedaban 111 kilómetros y poco más de hora y media de luz.

Volví a dejarme caer en el suelo y repasé la deteriorada y sucia estancia, pero que en aquellos momentos parecía un palacio. Aparte del viejo había otro joven en la cocina, afuera el viento seguía incansable con su arrastrar de arena. Dudé, me encontraba muy cansado, pero quedarme significaba perder la apuesta y como buen jugador no me gustaba perder.

Guardé el dinero, me coloqué el turbante, los guantes azules, las gafas de sol y levantando la mano me despedí del amable viejo. Mientras iba arrastrando la bicicleta por la arena apareció un coche de la policía y un camión, que se detuvieron junto al bar. A los pocos metros se iniciaba un descenso que el viento se encargó de que no disfrutase.

Llegué ante una pequeña duna cruzada en medio de la carretera y haciendo unas divertidas eses terminé por dejarla atrás, pero kilómetros después al atravesar otra y venirme justo mantener la verticalidad, me hizo pensar que de encontrarme de noche con más, el trayecto me iba a resultar excitantemente peligroso.

El sol fue cayendo hasta que desapareció entre un azul sólo manchado por el gris de una pequeña nube extraviada.

Quedaban pocos minutos de claridad y me detuve a comer dátiles. Algunos llevaban pequeños gusanos y aunque en los cursos de supervivencia realizados el verano anterior había comido hormigas, saltamontes, lagartijas y serpiente, mientras me sobraba comida dejaría de hacer cosas raras.

Abría los dátiles con los dedos y cuando comprobaba que no tenían inquilinos, me los introducía en la boca, lanzaba el hueso contra alguna improvisada diana, y los saboreaba con deleitación, ya que eran verdaderos bombones que se deshacían entre los dientes pegándose a todas partes. Comí demasiados y el estómago me lo estuvo recordando durante bastante tiempo. El cuentakilómetros marcaba el 98, así que sólo me quedaban 96 kilómetros hasta Ghardaia.

Como si tuviese miedo a la noche, a medida que desaparecía la luz, el viento se fue escondiendo, hasta que sólo quedó una racheada brisa de aire frío, en medio de la intratable oscuridad.

Mi mirada escrutaba todos los horizontes intentando descubrir una luna que se elevarse como faro en un mar de completa lóbreguez, ya que en los días anteriores se presentaba incluso antes de que el sol desapareciese, pero únicamente distinguí una pequeña estrella en un cielo sin color.

El asfalto estaba desnudo de líneas blancas y la pequeña linterna la tenía estropeada. Al menos la carretera era ancha y aunque no supiese por que parte iba, sí que me daba cuenta de cuando me acercaba al borde del alquitrán, ya que una tenue claridad de la arena me lo advertía y entonces giraba el manillar hasta alejarme de ese lado.

La temperatura había descendido y el frío empezó a ser protagonista. Con algunas estrellas más en el cielo logré distinguir otra referencia sobre la carretera que me permitió ir más deprisa. Debido a la acumulación de algunos residuos del humo de los coches, sobre el alquitrán se había formado una amplia capa que aparecía como algo ligeramente más claro que el resto del asfalto. Así pues, transitaba por el centro de los dos carriles y ante cualquier

desvió involuntario disponía de más metros a ambos lados para no estamparme contra la arena.

Cuando se acercaba algún camión por detrás aprovechaba su luz para visualizar la carretera; si lo hacía de cara y sus faros me deslumbraban, me acercaba al borde y me detenía.

El viento le había entregado el relevo a la oscuridad y al frío, pero éstos no resultaban tan difíciles de vencer, pero circular de noche y sin luna exigía una fuerte concentración que me impedía cualquier evasión mental para suavizar los largos y monótonos minutos.

El tránsito había aumentado y continuamente tenía que detenerme. A veces lo hacía antes de que las luces me empequeñeciesen las pupilas y tapándome los ojos con las manos esperaba a que el vehículo pasase de largo.

De pronto me vi casi frenado sobre la carretera mientras hacía denodados esfuerzos con los brazos para mantener el manillar recto y evitar que la rueda delantera se trabase; era un brazo de arena y por fortuna pude reaccionar a tiempo.

La luna seguía sin dar muestras de vida y el frío atacaba con crueldad mis pies. A pesar de que llevaba dos pares de calcetines los pequeños agujeros de las zapatillas resultaban como una gran puerta abierta al enemigo, hasta que llegó un momento en que no pude ni mover los dedos.

Atravesé un nuevo brazo de arena y kilómetros después un tercero, consiguiendo no caerme en ninguno, y sufriendo sólo alteraciones en mi ritmo cardiaco.

El tráfico de camiones y automóviles continuó aumentando.

Para cenar me senté encima de una pequeña obra de cemento realizada con la finalidad de mantener un cartel, del que sólo pude entender que a cinco kilómetros por una pista se llegaba a alguna parte.

El menú fue algo sencillo: pan, chocolate y agua, pero frío y cansancio me obligaron a valorarlo correctamente. El silencio quedaba sólo roto por el mascar de mis mandíbulas contra un pan demasiado duro, que llegó a rasgarme la piel del paladar, hasta que un inesperado sonido consiguió sobresaltarme, había sonado cerca, pero no ocurrió nada.

Allí descubrí que cuanto más avanzaba en el viaje, más me iba arriesgando por vivir nuevas sensaciones. Me sentía excitado, como si un poder aletargado en mí se estuviese despertando y en lugar de degradarse por el esfuerzo al que estaba sometiendo mi cuerpo, siguiese brotando entusiasmado por lo que estaba haciendo.

Sumergido entre el silencio, la oscuridad, el frío, la soledad, el cansancio y todas las demás circunstancias, sentí que la vida era maravillosa.

El reloj me indicaba que aún disponía de tres horas y diez minutos para ganar la apuesta. No sabía cuántos kilómetros me quedaban, pero el último indicador que viese, antes de caer la noche, me informó que me separaban 80 de Ghardaia; después, al tener que ir tan atento al asfalto, no había podido ver ninguno más.

Con el estómago ocupado, algo del cansancio complacido, el frío en los pies menos cortante gracias al papel que había introducido entre los dos pares de calcetines y mis ilusiones por llegar a Ghardaia renovadas, los kilómetros fueron quedando atrás más suavemente, pero con el cielo cubierto de estrellas, el rocío empezó a penetrar entre mis ropas. El anorak me protegía pero llevar

un sólo pantalón resultaba endeble defensa contra la terrible humedad que me iba calando.

La carretera estaba formada por largas rectas con pequeñas lomas que le daban un trazado sinuoso. Cuando algún vehículo aparecía en lo alto de una de ellas, por detrás de mí, sus luces alumbraban todo el horizonte y en el transcurso de esos segundos me fijaba en el tramo que me esperaba. La primera ocasión en que sucedió me sobresalté, ya que en tan sólo unos segundos todo se iluminó, como si mil focos se hubiesen encendido al unísono queriéndome mostrar el futuro. Luego, a medida que el vehículo descendía, las luces iban retrocediendo acortando mi horizonte visual hasta que, alumbrándome brevemente, regresaba a la más completa oscuridad. Después, cuando el vehículo comenzaba a ascender la loma sobre la que pedaleaba, sus luces volvían a iluminarme estampando contra el asfalto mi silueta exageradamente alargada, mientras el movimiento de los pedales recortado sobre el alquitrán semejaba dos pistones de un motor subiendo y bajando con cada explosión, en cuanto al resto, aun sabiendo que era mi sombra, me daba la impresión de ser alguien a quien tuviese que seguir.

Cuando dos vehículos se encontraban a punto de cruzarse conmigo, sin dudar lo salía del asfalto, aunque para subir el escalón que formaba el alquitrán sobre el desierto, necesitase de un esfuerzo considerable, ya que tanto la bicicleta como los pies quedaban clavados en la arena.

De pronto vi algo blanco a un metro del firme y disminuyendo la velocidad, di la vuelta. Era un pilote de cemento con el número 35 pintado en negro, informándome de los kilómetros que me separaban del cruce de aquella carretera con la Nacional 1, a los que tendría que sumar otros 24 para llegar a Ghardaia, nombre que confundía mis instintos, pues igual me inspiraba victoria que derrota, descanso que cansancio.

Para ganar tiempo, cada vez que un vehículo aparecía por el horizonte cegándome, agachaba la cabeza y seguía pedaleando hasta que lo suponía cerca y entonces me detenía al borde del asfalto. Y una vez más me detuve y esperé a que pasaran los dos camiones que venían de frente destrozando el silencio. A veces me tapaba los ojos con una mano para luego no tener que esperar tanto a que mis pupilas se acomodasen a la oscuridad y poder así reanudar con más rapidez la marcha. En esa ocasión sólo dirigí la mirada al suelo y al alumbrarme las luces, me di cuenta que no me encontraba al borde de la carretera, puesto que a mi derecha seguía viendo asfalto.

Con la cantidad de equipaje que llevaba, el hierro horizontal del cuadro metido en la entrepierna, y caminando de puntillas, se hacía difícil manejar la bicicleta pero, poco a poco me fui desplazando hacia la derecha. Si me caía no me iba a quedar tiempo para apartarme... y cuando los dos camiones pasaron junto a mí removiendo el aire y lanzándome una sonata de pitidos, tragué saliva. Segundos antes me había detenido en medio de la carretera.

¡Qué incongruente hubiese sido que cuanto más vivo me sentía, hubiese dejado de estarlo! ¡Qué grandiosa y a la vez efímera puede ser la vida!

Pasaron minutos y kilómetros y el frío continuó aumentando, mientras mi sentido común me tentaba a salir del asfalto, desplegar el saco de dormir y estrenar la piel del Sahara como lecho, pero Ghardaia se había convertido en una obsesión. Actuaba como un autómatas, sólo llegar antes de las doce importaba, lo demás quedó confinado en una oscuridad tan espesa como en la que seguía pedaleando. Cuando por fin llegué al cruce el reloj marcaba las

22.27 y por primera vez a lo largo del día empecé a tener tangibles posibilidades de ganar la apuesta.

¡Podía ganar! ¡Podía! ¡Podía!

Tras el cruce comenzaba una larga curva a la izquierda, que ascendía una loma con un fuerte desnivel. Levantándome sobre la bicicleta conseguí escalarla, dejando de pedalear al iniciar el descenso debido a que mi velocidad aumentó tanto que me sentí cayendo en un oscuro pozo.

Al vislumbrar las luces de un vehículo me detuve, no sin antes conseguir arrancar unos chirridos a los frenos. Como venía por detrás me mostró el descenso que me quedaba y pude advertir que a pesar de ser recto el trazado de la carretera, el desnivel era tan pronunciado que resultaba demasiado peligroso no usar los frenos. ¡Después de tanto correr debía frenarme!

A la bajada le siguió una subida y unas y otras se fueron sucediendo.

Para ganar tiempo, cuando un vehículo se acercaba de frente cegándome con sus luces, agachaba la cabeza y me protegía con la mano izquierda extendida sobre los párpados, preocupándome sólo de seguir llevando la rueda delantera sobre la línea continua, obteniendo con mi malabarismo un buen recital de claxon.

El indicador que señalizaba la carretera del aeropuerto quedó atrás, mientras los desniveles seguían turnándose insensibles a mi agotamiento. Aunque las subidas eran duras, en los descensos, ya sin viento, aceleraba arriesgando. Y después de trazar una curva a la derecha, mi mirada tropezó con una porción de luna que se elevaba en medio de la oscuridad. Eran las once. Un poco tarde llegaba en mi ayuda. Sin relajarme continué pedaleando con las pocas fuerzas que me quedaban, lanzando el cuerpo sobre el manillar mientras llevaba la mirada absorta en no perder la línea continua que me guiaría como lazarillo hasta Ghardaia.

Mi mente hervía de calor, el rocío se hacía insufrible y una difuminada claridad me hizo creer que me encontraba cerca del tan ansiado final, pero cuando llegué resultó ser la iluminación de un conglomerado industrial. Consulté el reloj, marcaba las 23.15. Debía de faltarme poco pero no conseguía divisar ninguna claridad sobre el horizonte. Resultaba extraño ya que normalmente bastantes kilómetros antes de la llegada a una ciudad, se podía apreciar el brillo de sus luces. El asfalto era ancho y bueno, aunque los vehículos seguían pitándome. La luna más elevada le había restado oscuridad a la noche.

A pesar del frío, del cansancio y del peligro, me sentía tan vivo y libre que me di las gracias por haberme metido en aquella aventura.

Unos ladridos cercanos consiguieron alarmarme, colaborando a que mi pedaleo se espabilase. Las luces de Ghardaia no aparecían y las dudas sobre mi llegada antes de las doce comenzaron a enseñar sus dientes; dudas que semejabán hienas carroñeras a la espera de que la presa se sintiese tan débil como para iniciar el ataque y acabar con ella.

—¡Maldita sea no! —grité en mi interior, consiguiendo ahuyentarlas momentáneamente.

Las cuestas se fueron repitiendo hasta que al llegar a lo alto de una, pude ver luces, luces que resplandecían desde un profundo valle, luces que a medida que descendía se fueron multiplicando, apareciendo ante mi visión como un fantástico castillo de fuegos artificiales paralizado en su mejor instante

Una señal vertical anunciaba un 10% de desnivel. El firme presentaba trozos mojados por la escarcha. Los motores de los camiones con los que me cruzaba parecían ahogarse. Y a lo largo de algunos tramos dejé de usar los frenos, resultando un descenso tan excitante que por momentos la adrenalina consiguió emborracharme.

Tras una larga recta en la que me abandoné a la velocidad, pedaleé alrededor de una isleta, que en el centro del asfalto regulaba el tráfico, y tomé la salida que debería conducirme a Ghardaia. Tan sólo dos kilómetros me separaban de una realidad, unas horas antes, irreal.

La carretera empezó a transcurrir paralela al cauce de un río. Atrás quedó un puente por el que cruzando el río se podía acceder a un pueblo construido en lo alto de una montaña. Continué recto pero el cartel que debía presentar la ciudad de Ghardaia a los recién llegados no aparecía. Indeciso me detuve. Sólo faltaban cinco minutos para la medianoche y me puse nervioso.

Las luces de unas farolas me facilitaron el avance hasta que llegué junto a un grupo de hombres del cual partía una hilera de destartados vehículos. Me detuve para preguntarles si aquello era Ghardaia y ante su afirmativa respuesta abrí la cremallera del bolsillo del anorak, saqué el reloj y vi con gran satisfacción que todavía faltaban unos segundos, quedándome como hipnotizado hasta que el cero, cero, cero, cero apareció formado por el líquido de litio. ¡Había vencido!

DÍA DE VIAJE	FECHA	LUGAR DE SALIDA	LUGAR DE LLEGADA
15	09-01-1988	Ouargla	Ghardaia
KILÓMETROS	HORA DE SALIDA	HORA DE LLEGADA	TOTAL
194,9	09.11	00.15	15 horas 04 minutos